

Solemnidad de la Anunciación del Señor
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Capilla Casa Central, 25 de marzo de 2026

“La Inteligencia de la Fe: Cuando la Verdad se hace Carne”

«Él eligió a la madre que había creado; creó a la madre que había elegido»¹. Con estas palabras el *Doctor de la Gracia*, san Agustín, compendia el misterio que hoy estamos celebrando: todo un Dios que se hace uno como nosotros en el seno virginal de una mujer, María. ¿Cómo no invocarla, entonces, como la Bienaventurada?! (cf. Lc 1, 48).

Querida comunidad universitaria: profesores que buscan y transmiten la verdad, alumnos que se forman para transformar el mundo. En la universidad, estamos acostumbrados a examinar textos, a elaborar teorías, a buscar evidencias y a cuestionar la realidad para entenderla. Hoy, las lecturas nos presentan un escenario paradójico: un llamado a creer y a entregar la voluntad, aún cuando la razón humana resulta insuficiente ante la inmensidad de un misterio.

San Lucas sitúa claramente el acontecimiento en el tiempo y en el espacio: «A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José; [...] la virgen se llamaba María» (Lc 1, 26-27). Pero para comprender lo que sucedió en Nazaret hace más de dos mil años, es necesario volver la mirada a la lectura de la carta a los Hebreos. Este texto nos permite escuchar una conversación entre el Padre y el Hijo sobre el designio de Dios desde toda la eternidad: «Tú no has querido sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo. No has aceptado holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces dije: [...] Aquí estoy, Dios mío, vengo para hacer tu voluntad» (Hb 10, 5-7). La carta nos dice que, obedeciendo a la voluntad del Padre, el Verbo eterno viene a nosotros para ofrecer el sacrificio que supera todos los sacrificios ofrecidos en la antigua Alianza. El sacrificio eterno y perfecto que redime al mundo: el sacrificio de sí mismo.

¹ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 69, 3,4.

Este plan divino de salvación se fue revelando gradualmente en el Antiguo Testamento, de manera especial a través del profeta Isaías, texto de la primera lectura que acabamos de escuchar: «El Señor les dará una señal: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán el nombre de *Emmanuel*, que quiere decir el Dios-con-nosotros» (Is 7, 14). Con estas palabras se anuncia el acontecimiento sublime que tendría lugar cuando llegara la plenitud de los tiempos. El cual se cumplió con María, en Nazaret.

Para María lo que acontece es algo completamente inesperado. Ya aquí podemos decir que la historia de María es la historia de un Dios que sorprende. Dios altera el curso ordinario de su vida, modificando los ritmos establecidos y las expectativas personales. A esa joven humilde, que no vive en los palacios de la riqueza y del poder, sino en aquel pueblecito lejano de Nazaret, la propuesta le parece –naturalmente– inconcebible, sobre todo, porque aún no estaba casada: «¿Cómo será esto –pregunta– pues no conozco varón?» (Lc 1, 34). Aquello que el ángel le está anunciando no solamente es algo inaudito, sino algo imposible, humanamente hablando. Debe, por tanto, caminar en la oscuridad, confiando solo plenamente en Aquel que la ha elegido. Sin embargo, a pesar de su temor y de su incertidumbre, María no es pasiva; ella piensa, reflexiona, se deja sorprender y, finalmente, cuestiona: «¿cómo será esto?» Su pregunta no es sinónimo de duda. No cuestiona si la promesa es posible, sino, únicamente, cómo es que se cumplirá. En otras palabras, manifiesta disponibilidad ante el proyecto, pero pide ayuda ante la incapacidad de comprender el modo en que se llevará a cabo. En el entorno académico, a menudo tememos que la fe sea enemiga de la razón o que nos exija dejar de pensar. María nos enseña lo contrario: la fe genuina dialoga con la razón. Dice el Papa León: «no hay que separar el deseo y el corazón del conocimiento: significaría romper a la persona. La universidad y la escuela católica son lugares donde las preguntas no se silencian y la duda no se prohíbe, sino que se acompaña. Allí, el corazón dialoga con el corazón» (*Diseñar nuevos mapas de esperanza*, n. 3.1). La duda de María no es, pues, falta de fe, sino deseo de comprender. El anuncio no anula su inteligencia, sino que la eleva.

El «no temas» del ángel es la invitación a adentrarse en la Verdad, incluso cuando ésta supera la capacidad de comprensión lógica.

Y, entonces, María pronuncia su “sí”, el *fiat* definitivo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). La espera de todos los siglos se centra en este instante. De él depende la salvación de la humanidad. San Bernardo, al comentar la Anunciación, expresa estupendamente este momento trascendental, cuando, dirigiéndose a María, dice: «Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta. Todo el mundo espera postrado a tus pies; y no sin motivo, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salvación, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje. ¡Da pronto tu respuesta!» (*In laudibus Virginis Mariae*, Homilía IV, 8).

Así pues, el «aquí estoy, Dios mío, vengo para hacer tu voluntad» y el «he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra», son las respuestas idénticas que tanto el Verbo de Dios y María pronunciaron. Él, al entrar en el mundo. Ella, al hacer posible que Él entrara, acogiendo su anuncio. El asentimiento incondicional de la voluntad del Padre por parte de ambos es para nosotros una invitación. Una llamada a la aceptación completa de la voluntad de Dios en nuestras vidas, en nuestras propias personas y, por qué no decirlo, en nuestras instituciones educativas y en nuestras universidades.

La carta a los Hebreos y el ejemplo de María nos enseñan que los sacrificios antiguos no bastaban, lo que Dios busca y quiere es la obediencia, la entrega del corazón. Para un universitario, este “Aquí estoy” es un llamado a la coherencia. No basta con acumular conocimientos, no basta con ser brillantes en nuestra disciplina si no somos humanos. La Encarnación –Dios haciéndose uno como nosotros– nos desafía a que nuestra fe se haga carne, es decir, realidad concreta, en nuestro estudio y en nuestra labor docente. Que nuestros conocimientos no sean solo para la promoción y el logro personal, sino para el servicio –la obediencia– a la verdad y a los demás.

Sin embargo, al igual que con María, Dios no dejará de sorprendernos, romperá esquemas, pondrá en crisis nuestros proyectos y nuestras seguridades humanas, pero nos dice: fíate de mí, no tengas miedo, sal de ti mismo y acéptame, sígueme. Él quiere que nos dejemos sorprender cada día: en la sencillez, en la humildad, en la cotidianidad de nuestra vida. Ahí quiere manifestarse. Y nos llama a una aventura divina: ser nosotros mismos, con la humanidad que nos ha dado, su mirada, su sonrisa, sus manos en este mundo. No nos pide cosas imposibles. Sólo pide que aceptemos su Palabra, que nos fiemos de él y que, por nuestro medio, lo hagamos presente –lo encarnemos– en nuestro mundo. San Agustín, al hablar del rostro de Dios, del cual estamos llamados a ser espejo en el mundo, decía a los cristianos de su tiempo: «¿Qué rostro tiene el amor? ¿Qué forma, qué estatura, qué pies, qué manos? [...] Tiene pies, que conducen a la Iglesia; tiene manos, que dan a los pobres; tiene ojos, con los que se llega a conocer a quien está en necesidad –y refiriéndose a la caridad, añadía–: Tenedla, abrazadla: nada es más dulce que ella»².

En la primera lectura, el rey Ajaz se niega a pedir una señal, aparentando piedad, pero en realidad desconfiando de Dios. Isaías le responde que el Señor mismo dará la señal: una virgen concebirá y dará a luz al *Emmanuel*, “Dios-con-nosotros”. Para nosotros hoy, en medio de aulas, investigaciones y exámenes, el *Emmanuel* es la señal de que la búsqueda de la verdad no es un ejercicio teórico abstracto. La verdad no es solo un concepto, es una Persona. La búsqueda de la verdad científica, humanística o técnica, encuentra su sentido último cuando está al servicio de la vida, cuando se convierte en verdadero *Emmanuel*: Dios con nosotros en el laboratorio, en la biblioteca, en la convivencia social. Dice el Papa León: «La escuela católica es un ambiente en el que se entrelazan la fe, la cultura y la vida. No es simplemente una institución, sino un ambiente vivo en el que la visión cristiana impregna cada disciplina y cada interacción» (*Diseñar nuevos mapas de esperanza*, n. 5.2).

Por tanto, acojámosle. Digámosle también nosotros: ¡Aquí estoy Señor, cúmplase en mi tu palabra! Estemos disponibles a su voluntad, que quiere salvar al hombre también mediante la colaboración de cuantos hemos creído en Él.

² SAN AGUSTÍN, *In Epistolam Joannis ad Parthos*, 7,10.

Acojámosle. Y con Él, acojamos a cada uno de nuestros hermanos. Las tinieblas parecen todavía querer prevalecer: el egoísmo indiferente ante los sufrimientos de los otros, las palabras hirientes, la desconfianza recíproca, las enemistades entre los pueblos, «la absurda pretensión de resolver los problemas y las diferencias mediante la guerra»³. Debemos dar, aún en medio de tantos anti-testimonios, el testimonio de la fidelidad; debemos ser, aún entre tantos anti-valores, el valor de la fraternidad, que vence al mal, que hace posible la justicia y restablece la paz. Porque «es la paz lo que deben buscar aquellos que a Dios invocan»⁴.

La solemnidad de hoy nos invita, pues, a seguir las mismas huellas de fe de María: una *fe generosa*, que se abre a la Palabra de Dios, que acoge la voluntad de Dios, sea cual fuere y de cualquier modo que se manifieste; una *fe fuerte*, que supera todas las dificultades, las incomprensiones, las crisis; una *fe razonable*, que cuestiona, busca, pero a la vez se abandona; una *fe operante*, que alimentada del amor divino, acepta colaborar comprometidamente con el proyecto de redimir a todo el género humano.

La obediencia de María nos da el ejemplo y la cruz de Cristo nos da la fuerza para lograrlo. El hecho de que la Anunciación del Señor caiga dentro del período cuaresmal y esté en sintonía con él, nos hace comprender su significado redentor: la Encarnación está íntimamente ligada a la Redención, que Jesús realizó mediante su entrega fiel y generosa por todos nosotros en la cruz.

En la parte final de la Carta Apostólica “Diseñar nuevos mapas de esperanza”, el Papa León concluye el documento haciendo suyas las palabras del apóstol Pablo y, a partir de ellas, hace a todos una petición. Dice el Papa: «“Deben brillar como estrellas en el mundo, manteniendo en alto la palabra de la vida” (Fil 2,15-16). [...] Pido a los pastores, a los consagrados, a los laicos, a los responsables de las instituciones, a los maestros y a los estudiantes: sean servidores del mundo educativo, coreógrafos de la esperanza, investigadores incansables de la sabiduría, artífices creíbles de expresiones de belleza».

³ LEÓN XIV, *Homilía IV Domingo de Cuaresma*, Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús en Ponte Mammolo (Roma), 15 de marzo de 2026.

⁴ *Ibid.*

Así pues, queridos hermanos, no claudiquemos. No nos echemos atrás. Seamos astros que brillen en el mundo, constelaciones por su unidad, con luz que atraiga y calor que persuada, y cooperemos así, cada uno a la edificación del Reino de Dios, desde la propia esfera de su responsabilidad. María aceptó el plan de Dios sin entender todas las consecuencias, confiando solo plenamente en su Palabra. Como universidad, estamos llamados a ese mismo tipo de audacia: a buscar la verdad con rigor científico, pero con el corazón abierto a la Trascendencia.

Que María, *Sede de la Sabiduría*, nos enseñe a poner nuestra inteligencia y nuestras vidas al servicio de la voluntad divina, para que, como el *Emmanuel*, seamos también nosotros portadores de esperanza en nuestro entorno académico y en la sociedad en general.

Señor, hágase en nosotros según tu palabra.

¡Que así sea!